

NOTAS SOBRE PINTURA

Acerca de *El Límite*, la muestra de Santiago Iturralde en la Oficina Proyectista

Alguna vez soñé con ser pintora mientras, durante mi adolescencia, estudiaba en la Escuela de Bellas Artes Manuel Belgrano. El recuerdo más vivo que tengo de aquella experiencia es ese especie de enfrentamiento que se iniciaba al pintar, al estar frente al lienzo en blanco. No logré descifrar el enigma que esa tela blanca me planteaba, ni mantener esa lucha cuerpo a cuerpo con la materia, el color y la luz que quizás la Pintura sea. Años después, ya con treinta y pico, visité una muestra de Gerhard Richter en la Neue National Galerie en Berlín. El pintor cumplía 80 años y en ese contexto había tres muestras en Alemania, dos en Berlín y una en Dresden. Visité las tres, recuerdo pasar muchas horas detenida, observando aquellas obras que hasta el momento solo conocía por libros. Pero sobre todo recuerdo una pintura y un momento. Tenía desde hacía tiempo en un estante de casa una postal que alguien me había regalado con la reproducción de una de sus pinturas ("Betty" de 1988), en la que se ve el torso de una niña en pijama mirando hacia atrás. No creo poder poner en palabras lo que me produjo contemplarla, pero recuerdo que no solo me detuve durante mucho tiempo frente a ella, sino también que llegué a emocionarme, con "solo" eso, contemplar la pintura de una niña en pijama mirando hacia atrás.

Con el recuerdo de ese estado de ensoñación y desconcierto, y el prontuario de enojar a algunas amigas artistas cuando digo que la pintura me aburre, voy a ser imprudente. Voy a escribir sobre ese universo que conozco parcialmente, como espectadora, artista no pintora y además bastante mala ex estudiante de pintura: el universo enigmático y atemporal que a mi entender la Pintura con mayúscula es, ese universo en el que Santiago Iturralde se mueve como pez en el agua.

El 1º de diciembre de 2017, después de dejar la Oficina Proyectista recordé las dos experiencias que acabo narrar. Antes, la Ofi me había recibido con su sala dividida en dos mundos paralelos, con el simple gesto de trazar un límite encerando solo la mitad del piso de madera parket del espacio expositivo. Sobre este *límite* –palabra que además dio título a la muestra de Iturralde– parecía erguirse una ventana, pantalla inmaterial o espejo impreciso, por la que como espectadores, con solo girar sobre nuestros pasos, podíamos ver –o en este caso "contemplar"– dos universos, divididos por ese límite que marcaba la diferencia entre el piso encerado de un museo, y el gastado y rugoso de un taller. Cada pared se reflejaba en la otra, mostrando dos mundos de la Pintura que Santiago habita y que nos abría para que intentáramos descifrar. A la derecha una pared blanca, imperfecta, con el piso gastado, las paredes cargadas de bocetos, notas, pruebas de color, impresiones inkjet de fotografías y retratos. Parada sobre ese piso gastado y con el atlas¹ de Santiago desplegado ante mis ojos sin reservas ni secretos, parecía poder trasladarme y husmear en su taller, casi sin ser invitada, casi sin tener que pedir permiso. Enfrentada, a la izquierda, la pared estaba pintada de un celeste museístico y sobre ésta otro atlas: uno acabado de relaciones que Santiago despliega entre sus pinturas. Pinturas que dialogaban en la pared como en apariencia lo hacen las ventanas de la pantalla de nuestras computadoras, teléfonos y nuestro virtual inconsciente colectivo. Pero a diferencia de las relaciones que se generan en todos los dispositivos electrónicos con los que convivimos, las referencias de Iturralde eran precisas, pero la vez indefinibles. Mostraban un universo inacabado de citas de películas, paisajes, colores, luces, fragmentos de naturalezas muertas y retratos, donde también podíamos verlo a él mismo. Como en el límite inmaterial que trazó en el espacio

¹ En relación al *Atlas* de Gerhard Richter. Obra compuesta por una colección de fotografías, recortes de diarios y bocetos que el artista reúne desde mediados de la década del 60.

expositivo, en su trabajo Santiago se detiene y hace que nos detengamos en otro límite, también inmaterial, que distingue a las formas. En el texto de su muestra se pregunta: *“¿Cómo representar el límite entre las formas? ¿Es una línea? ¿Es aire? ¿Es luz que se colorea? ¿Es información digital? (...) Ese límite, aparentemente superficial, que sin dudas es una de las principales metáforas de la Pintura. Es el límite que cuestionó Leonardo al inventar el sfumato y transformar un mundo de sonrisas certeras en otro ambiguo, misterioso y humano. Es el mismo que más adelante el Impresionismo desintegró en átomos de color dando forma pictórica a las teorías de Newton sobre el mundo físico”*².

Sumo una pregunta: ¿Cómo, en la era de las tecnologías, lo virtual y los “Post” de todo tipo, la Pintura todavía logra a veces –esas en las que lleva mayúscula– que nos detengamos en ese límite? Para conjurar un hechizo que hace que en medio de la vorágine de nuestros tiempos podamos detenernos, emocionarnos y sumergirnos en el ensueño de la contemplación de –en palabras de Iturralde– “algo tan simple como un rectángulo sobre la pared”. ¿Cómo logra la Pintura que entremos en ese estado único y extraño que trasciende –no porque no lo incluya, sino justamente porque lo contiene– lo político, lo social, lo temporal y lo geográfico, para trasladarnos casi sin que podamos oponer resistencia, a ese estado atemporal? Santiago parece tener la respuesta.

Mientras estaba detenida frente a la pared celeste, el público conversador a mi alrededor parecía desvanecerse, para que me quedara allí sola, en ese estado contemplativo que quizás solo puede también generar el observar el mar o el abismo desde la cima de una montaña. Quizás no valga la pena intentar descifrar esa comunicación inaprensible que se genera entre los y las espectadoras de todos los tiempos y la Pintura. Esa capacidad mágica que hace de las pintoras y pintores hechiceros que logran detener el tiempo, mientras observamos “algo tan simple” como colores contenidos en un rectángulo sobre la pared.

Julia Mensch, Buenos Aires, enero 2018

² Santiago Iturralde, *El Límite*, Oficina Proyectista, noviembre 2017.